

**Discurso del doctor Alfonso Alvarez Bravo, Presidente de la
Academia Nacional de Medicina, en la sesión solemne
de apertura de labores del C Año Académico
(4 de marzo de 1964)**

- Sr. Dr. don Conrado Zuckermann, representante personal del señor Secretario de Salubridad y Asistencia,
Sr. Lic. don Benito Coquet, Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social,
Sr. Dr. don Luis Méndez, Subdirector Médico del I.M.S.S.,
Sr. Dr. don Xavier de la Riva, Subdirector Médico del I.S.S.S.T.E.,
Sr. Dr. don Bernardo Sepúlveda, Jefe de Planeación de los Servicios Médicos del I.M.S.S.,
Sr. Dr. don Donato G. Alarcón, Director de la Facultad de Medicina,
Sr. Dr. don Manuel Mateos Fournier, Presidente de la Academia Mexicana de Cirugía,
Sr. Dr. don Demetrio Sodi Pallares, Vicepresidente de la Academia Nacional de Medicina,
Señores miembros de la Mesa Directiva de la Academia,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

La revisión periódica, global y sincera de las actividades de una Corporación como la nuestra, la meditación detenida sobre el espíritu que la anima y los resultados que alcanza, establecen un punto de referencia para fijar nuevos derroteros y orientar el camino del progreso. Considero que este es el objeto que persigue el Reglamento de nuestra Academia al pedir que su Presidente se dirija a ella al terminar su gestión directiva. No voy, por lo tanto, a referirme a hechos concretos o a labores personales que han sido ya claramente detallados en el excelente informe del señor Secretario General, ni a justificar o ponderar mi actuación por más que haya puesto en ella todo el amor y el empeño de que soy capaz.

La alta calidad y el intenso trabajo de los señores académicos, que fue más

allá del programa planeado, permitió a la Academia cumplir con su deber de conservar su tradición firme y austera y su prestigio científico tan ampliamente reconocido.

Este recinto y las labores que en él se desarrollan tienen por objetivo la ciencia y, por tanto, son una parte más del coloquio entre el Hombre y la Naturaleza, coloquio en el que se hacen evidentes los dos talentos que en ella se ponen en juego: el puramente intuitivo, creador, que el hombre pone de su propia esencia, y el realizador que confronta a la idea con los datos ajenos al hombre, con los hechos que le rodean.

La Academia, a través de sus cien años de vida, se ha mantenido en la avanzada del pensamiento médico y de la evolución social de nuestra patria y en el momento presente no sólo procura el progreso de la medicina sino que participa de la "revolución científica" que agita al mundo de nuestros tiempos, la cual, como dice Snow, tiende a la elevación jerárquica de toda actividad humana, a la integración de la ciencia con la técnica y a la proyección definida e indeclinable de su acción hacia el servicio del hombre.

Esta "revolución científica" que en forma tan espectacular ha transformado al mundo y que es actualmente la base material de nuestra vida, aplica la ciencia verdadera a la resolución práctica de los problemas del hombre, no toma ya en cuenta la intuición ilógica ni el invento excéntrico, sino que basada en la investigación científica busca metas de beneficio colectivo. Ahora el investigador científico no sólo se preocupa de la ciencia pura sin aplicación práctica posible que antes lo enorgullecía, sino que ha abierto los ojos a las necesidades del hombre y a la realidad social de la especie humana. Esta evolución extraordinaria en todos los campos de la ciencia trae a mi mente un ejemplo que expresa vivamente los dos aspectos de esta transformación: Todavía en 1933, cuatro años antes de su muerte, el gran físico Rutherford consideró que sus estudios sobre la estructura del átomo habían conducido a una solución satisfactoria y bella, felizmente sin aplicación práctica y señaló, firme y explícitamente, que nunca podría liberarse la energía nuclear. Nueve años más tarde empezó a funcionar el primer reactor en Chicago y tras él otras numerosas investigaciones de la ciencia aplicada nos han conducido al mundo de la "era atómica".

En nuestro campo esta revolución ha logrado la integración de la medicina científica que investiga y actúa sobre realidades, que se preocupa más que nunca por el bienestar del hombre y que, como consecuencia, trata de hacer llegar sus beneficios a todos.

El progreso de la medicina, en cuanto al factor íntimamente humano en él involucrado, proviene de que el médico, a través de su vida y a lo largo de su historia, se ha sentido siempre imperfecto ante el grave problema que confronta su elevada misión. Esta actitud, inherente a todo verdadero médico, promueve su

inquietud, le evita entrar en la plácida satisfacción de quien se siente poseedor de la verdad y lo lleva a realizar un esfuerzo constante de superación.

Un factor muy importante en este progreso es el trabajo en equipo que desarrolla el conocimiento básico y lo integra con la aplicación clínica, que encara los problemas médicos desde sus raíces, que busca soluciones a través de los canales estrictos de la ciencia. Este concepto y el que considera que el nitercambio científico es altamente benéfico y por lo tanto imprescindible, han normado las actividades de la Academia en los últimos años. Los symposiums y trabajos de conjunto, las sesiones de intercambio, la visita de personalidades nacionales y extranjeras, han dado resultados positivos y valiosos durante este año.

Sin desconocer que el genio actúa frecuentemente solo, es evidente que requiere cada vez más del equipo de trabajo, de la crítica y de la apreciación de los demás, de la información de otros cerebros y grupos, de la repercusión de su trabajo dentro y fuera de su ambiente. El individualismo como sistema tanto en el sujeto aislado como en el grupo cerrado, niega la esencia de la naturaleza humana, es destructor y es pobre. Tal vez se justifique para algunos por sus realizaciones accidentales y sus momentos creadores —que son posibles—, pero si esos triunfos no trascienden, no se logran para la comunidad o no son aquilatados por ella, son manchas de luz que pronto se extinguen mientras siguen reinando las tinieblas a ambos lados del camino. En cambio, el espíritu vigoroso y consciente de su esencia, dispuesto a luchar al lado del hombre y para el hombre, ve constantemente la luz de la esperanza que se impone poco a poco a las intensas necesidades y graves problemas de la especie humana.

La Academia Nacional de Medicina es un grupo selecto pero no cerrado. Leal a su destino y a las nobles causas que la motivaron, ha mantenido siempre su paso hacia adelante, dispuesta en todo momento a fomentar y extender la cultura médica de México, preocupada constantemente por actuar con profundo sentido humano y espíritu de servicio.

La naturaleza particular de la Academia que, como a toda sociedad científica le impone limitaciones motivadas por sus necesidades y estructura, impide su ampliación indefinida para agrupar en su seno a todos los médicos valiosos que ha producido México. Esta limitación necesaria no debe ser motivo de crítica, sino estímulo para la superación. Este año, como en los anteriores, la Academia ha recibido la savia joven de los nuevos académicos, a quienes sólo se ha exigido calidad científica y trabajo demostrados, sin distinguir grupos, ideologías o clases.

Una parte muy importante de las labores de este año han estado encaminadas a la organización de los actos conmemorativos del Centenario de la Academia. Cumpliendo con mis obligaciones de Presidente y con el encargo específico que me hizo la Asamblea, he coordinado el trabajo de la Comisión Organizadora y soy testigo de que el interés y el esfuerzo de todos los Comités que la forman ha sido extraordinario y fructífero.

Siento la satisfacción del deber cumplido al comunicar a ustedes que este programa conmemorativo está totalmente organizado, completamente financiado y sin problemas de desarrollo.

Esta celebración ha sido organizada en un plan austero y digno, propio de nuestra Academia y del significado que este acontecimiento tiene para la vida intelectual de México. El Centenario de la Corporación será conmemorado con una estampilla postal, emitida por acuerdo del señor Presidente de la República, que además de llevar un mensaje de la medicina mexicana dejará constancia de la vida ininterrumpida de la Academia de Medicina más antigua de este hemisferio; con la acuñación de una medalla que conserve celosamente en su grabado el recuerdo de esta conmemoración; con la filmación de un documental cinematográfico que muestre en vívidos y sinceros colores la vida de la Academia y la evolución de la medicina mexicana durante este siglo y con el desarrollo de un congreso de medicina general que ha merecido el alto patrocinio del señor Presidente de la República, Sr. Lic. don Adolfo López Mateos, y el apoyo decidido y generoso del señor Secretario de Salubridad y Asistencia, Dr. don José Álvarez Amézquita, del Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social, Sr. Lic. don Benito Coquet y del Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Sr. Dr. don Ignacio Chávez.

El intenso trabajo realizado durante este año, tanto en el aspecto académico como en el de la organización del Congreso, es obra de los señores académicos quienes en esta ocasión se han superado. La Academia ha recibido de todos colaboración ilimitada y productivo esfuerzo que agradezco muy sentidamente en nombre de la Corporación. Sería injusto no destacar, dentro de esta labor, la valiosa actuación de los diversos Comités del Congreso. Las realizaciones logradas son producto de su mente y su trabajo, hábilmente dirigido por sus Presidentes, a lo largo de muchas horas robadas a su intensa actividad habitual y a su justo descanso.

Merece mi más alto reconocimiento y admiración la labor desarrollada por los miembros de la Mesa Directiva que tuve el honor de presidir, los cuales forman, al mismo tiempo, el Comité Ejecutivo del Congreso. Su disposición generosa para el arduo trabajo y su identificación con el propósito han sido perfectas.

El señor Dr. Rafael Soto Allande, Tesorero de la Academia y del Congreso, no sólo ha desempeñado con sublimada honradez y gran atingencia las labores propias de su cargo, sino que ha contribuido con juicio sereno, capacidad indudable y altura de miras, al planteamiento y desarrollo de los trabajos de la Academia.

El señor Dr. Leonardo Zamudio Villanueva, Secretario del Interior de la Academia y Secretario Auxiliar del Congreso, ha sido el elemento, al mismo tiempo joven y maduro, que hizo fácil nuestra labor con equilibrada sencillez, clara inteligencia y extraordinaria disposición para el trabajo.

El señor Dr. Miguel Jiménez, Secretario General de la Academia y del Congreso, demostró con creces lo que dos Presidentes anteriores dijeron de él, al entregarse con generosidad y sin titubeo a la magna labor de llevar con acierto y eficacia las dos secretarías generales que ustedes confiaron a su capacidad, sus antecedentes y sus cualidades humanas: provididad, perseverancia y carácter; calidad científica, acendrado amor a la Academia y profundo conocimiento de sus problemas.

Entrego con particular beneplácito la Presidencia de nuestra Corporación al señor Dr. Demetrio Sodi Pallares, quien, como Vicepresidente de la Academia y Vocal Ejecutivo de la Comisión Organizadora del Congreso, hizo patentes su calidad y merecimientos. La personalidad del Dr. Sodi Pallares, que auna al clínico maduro con el investigador profundo y sagaz, es producto de su perseverancia y de su genio que lo han llevado a ser un exponente de los altos estratos de la medicina científica de nuestro tiempo. Esta formación científica, su cultura y sus cualidades humanas, así como su prestigio bien ganado dentro y fuera del país, garantizan el que la Academia tenga en él a un excelente guía y a un digno Presidente del Congreso del Centenario.

El mensaje que llevan a ustedes estas líneas es la impresión que en mí han dejado dos años de participar en la dirección de un grupo selecto, de adentrarme en sus inquietudes y de apreciar en conjunto y en detalle su elevada misión, sus aspiraciones y sus proyectos. En la actuación de cada uno de ustedes he visto plasmado cada vez con mayor solidez el concepto de que quien alcance la elevada meta de ser reconocido como académico, debe tener grandes intereses humanos, debe haber encontrado el equilibrio que evite la disociación entre el humanismo y la ciencia, debe haber consolidado el propósito de continuar en el camino de la formación del espíritu que lo lleve a encontrar una satisfacción íntima en servir al hombre y a combatir la deshumanización que tiende a desvincular la vida.

Este espíritu de servicio, en nuestro caso, debe actuar en todos los niveles y por ello creo, con firme convicción, que esta Corporación selecta además de conservar la representación académica más alta de la medicina mexicana, de difundir el conocimiento para elevar el nivel médico en nuestra patria y de procurar un auténtico beneficio social, como lo ha hecho hasta ahora, debe fomentar el progreso autónomo de nuestra medicina sobre bases objetivas y eficientes.

Los resultados fructíferos potenciales de un centro de fomento y coordinación de la investigación y estudio de la medicina en nivel superior son tan grandes, que pueden conducir, en nuestro medio, a una nueva etapa de la vida médica de México. Para iniciar la tarea —se me ocurre— debe constituirse un fondo económico importante que, a través de un patronato idóneo que garantice su adecuada administración y destino, ayude al investigador que ya tenemos, forme o importe al elemento humano que haga falta, aproveche a los investigadores

extranjeros que hagan su año sabático en nuestro medio, organice cursos de alto nivel científico o técnico.

El tradicional y bien sentado prestigio de nuestra Academia podrá ganar para esta obra el apoyo de las esferas gubernativas, la colaboración de la iniciativa privada y el respaldo del pueblo mexicano, en cuanto se demuestre que hay sinceridad en el propósito, precisión en la organización, severidad en el esfuerzo y decisión en la realización.